



COMENTARIO DE MIGUEL DE UNAMUNO

(Recogido en "Señal y de aquello", tomo IV) 8-253

== CUESTA ABAJO ==

HACE unos años recibimos de Buenos Aires, con un escrito, una tarjeta de visita y presentación, que decía: «Fulano de Tal»—pues no recordamos el nombre—«pensador, ofrece sus servicios», y se seguía la calle y el número de la vivienda, ó del pensadero, que se nos figura que pasaba del trescientos. Era un molino que se ofrecía á que le echaran trigo. Y siempre que oímos hablar de los intelectuales, así, como si se tratase de hombres de una carrera, nos acordamos del pensador bonaerense que ofrecía en su tarjeta sus servicios.

Entre tantas cosas tristemente verdaderas y verdaderamente amargas que dijo Juan Jacobo Rousseau, una fué que los sabios y los ricos se corrompen mutuamente. De esta corrupción mutua ha salido la ciencia de la estadística. Y los sabios y los ricos se corrompen mutuamente; lo mismo les pasa entre sí á los intelectuales y los poderosos. Porque no se debe confundir ni al intelectual con el sabio ni al poderoso con el rico. Hay sabio que tiene muy poco de intelectual, y hay rico muy poco poderoso, aunque la riqueza sea la mayor palanca del poder.

El intelectual, á la busca continuamente de eso que se llama enchufes, es como la alondra: se va tras de lo que brilla. Y no hay brillo como el del poderoso. El pueblo mismo no es para él más que público. Su popularidad es publicidad.

Un intelectual no es, naturalmente, un pasional, y menos un energúmeno ó un poseído. La posesión en este sentido, en el del energúmeno, será buena para hacer poesía, pero no es buena para hacer inteligencia, en el sentido que á la inteligencia da el intelectual. El intelectual puede ser un artista, pero no un poeta, no un creador; pues desde que se hace creador deja de ser un intelectual y se hace un poseído, un energúmeno. Porque el poeta, el creador, es un poseído de su poema, de su creación. Su creación está sobre él y le domina; su obra le posee. Y el intelectual está siempre sobre la causa por que aboga. El intelectual, como buen sofista, no se deja dominar más que por su arte. Y es siempre un hombre de orden. De su orden, ¡claro!

«Pero, ¿creo lo que dice?»—se nos preguntaba una vez con referencia á un intelectual—Y tuvimos que explicar que eso de creer ó no creer es categoría que no se aplica á la intelectualidad; que la inteligencia ni cree ni deja de creer; que la fe nada tiene que hacer en ella. ¿Es que miente? No. El intelectual está más allá de eso de la mentira y la verdad. O más acá de ellas. ¿Es que engaña? No. Ni engaña ni se engaña. Rinde su servicio y nada más.

Hegel, en su «Fenomenología del espíritu», dejó escrita para siempre una descripción de la fauna de los intelectuales, que se titula: «El reino animal de los espíritus y el engaño ó la causa misma» (*Das geistige Thierreich und der Betrug, oder die Sache selbst.*) Traducimos *Sache* por causa y no por cosa, porque aunque nuestra palabra cosa venga de la latina *causa*, son ya dos

cosas distintas la cosa y la causa. Y le damos aquí á causa el sentido que se le da cuando se dice de uno que se ha sacrificado por la causa ó que pelea por la causa. Causa, que suele ser invención—invención y no creación—de algún intelectual. Porque el intelectual inventa, pero no crea. Inventa, esto es, descubre. Sobre todo si hay de por medio el señuelo de un enchufe.

Una vez se nos propuso tomar parte en un homenaje—una de esas ceremonias á que se llaman homenajes—en honor de un poeta, de un creador, y respondimos: «No. No se homenajea á los poetas, á los creadores; los homenajes deben quedar para los intelectuales, para los inventores.» Si un intelectual, por ejemplo, nos descubre, nos inventa, á un poeta, se le debe rendir un homenaje al intelectual inventor, descubridor del poeta; pero de ningún modo al poeta inventado ó descubierto. Para el poeta el único homenaje digno es el de ser descubierto, el de ser reconocido. Porque ya hemos dicho que el poeta se rinde á su poema; el creador se rinde á su creación.

Cuando habla un intelectual, como cuando habla un político de carrera ó partido—un político intelectual, porque hay políticos poetas fuera, ¡claro está!, de los partidos—, lo que nos interesa es su posición personal, dónde va á colocarse, á qué poderoso ó grupo de poderosos va á arrimarse, en qué partido se va á matricular, á quiénes va á ofrecer sus servicios, y nos tiene con poco cuidado todo lo demás que diga. Cuando habla un poeta no nos importa nada su posición individual, pues con su poema nos da todo un hombre, y la firma carece de importancia. La firma es buena para una subscripción. Y si un poeta me da veinte poemas diferentes, y hasta contradictorios, me da veinte hombres enteros. Aparte, ¡claro está!, que la contradicción suele estar en las cabezas intelectualísticas de los que reciben los poemas, las creaciones, y no son capaces de recrearlas, porque los poemas jamás se contradicen. Y, en cambio, el intelectual se está contradiciendo siempre, porque es, por esencia, un ser contradictorio.

Actualmente en España los intelectuales están aterrados de las causas que defienden. Las causas se les vienen encima y amenazan aplastarles. Los unos sienten miedo de la revolución; los otros, de la dictadura. Han ido demasiado lejos y el carro les arrastra. Hablan de disciplina, pero sienten que por bien que se coloquen el yugo, el carro les seguirá arrastrando cuesta abajo, que no depende del yugo el dominar el carro. Y si se desuncen, están más perdidos.

¡Pobres gentes! En el fondo de la cesta abajo, en el barranco, en el cabo del derrumbadero, no ven pradera alguna de rico pasto; no ven sino una llera cascajosa junto á las aguas de un regato. Y ellos no tienen sed, no, sino hambre, mucha hambre, hambre. Y el agua fresca abre el apetito. ¡Y como no se pongan á roer el yugo!... Porque á falta de trigo, bueno es un leño...

